

El viaje

En septiembre de 1828 el matemático más excelso de Alemania abandonó por primera vez desde hacía años su ciudad natal para participar en el Congreso de Naturalistas de Berlín. Evidentemente no le apetecía ir. Se había negado durante meses, pero Alexander von Humboldt no cejó en su empeño hasta que, en un momento de debilidad y confiando en que ese día no llegara nunca, dijo que sí.

De modo que ahora el profesor Gauss se escondía en la cama. Cuando Minna le exhortó a levantarse, aduciendo que el carruaje esperaba y el trayecto era largo, se aferró a la almohada e intentó hacer desaparecer a su esposa cerrando los ojos. Al abrirlos de nuevo y comprobar que Minna seguía allí, la llamó pesada, mujer de pocas luces y desdicha de su vejez. Como tampoco eso sirvió, retiró la manta y puso los pies en el suelo.

Malhumorado y tras una somera higiene, bajó las escaleras. En el cuarto de estar le esperaba su hijo Eugen con la bolsa de viaje preparada. Al verlo, a Gauss le entró un ataque de rabia: rompió un jarrón que estaba colocado sobre el antepecho de la ventana, y soltó patadas y puñetazos en todas direcciones. Ni siquiera se calmó cuando Eugen y Minna, uno por cada lado, pusieron las manos sobre sus hombros y aseguraron que lo cuidarían bien, que pronto retornaría a casa y todo transcurriría deprisa, igual que un mal sueño. Sólo se calmó cuando su ancianísima madre, sobresaltada por el escándalo, acudió desde sus aposentos y, pellizcándole en la mejilla, preguntó qué había sido de su valeroso hijo. Se despidió de Minna sin afecto; acarició la cabeza de su hija y de su hijo menor con aire ausente. Después consintió en que le ayudaran a subir al carruaje.

El viaje fue una tortura. Llamó a Eugen fracasado, le arrebató el bastón e intentó golpearle el pie con todas sus fuerzas. Durante un rato acechó por la ventanilla con el ceño fruncido, luego preguntó cuándo se casaría por fin su hija. ¿Por qué nadie la quería, dónde radicaba el problema?

Eugen se echó hacia atrás sus largos cabellos, estrujó con ambas manos su gorra roja y rehusó responder.

Suéltalo ya, dijo Gauss.

A fuer de sincero, repuso Eugen, su hermana no era lo que se dice bonita.

Gauss asintió, la respuesta le pareció plausible. Pidió un libro.

Eugen le entregó el que acababa de abrir: *Gimnasia alemana*, de Friedrich Jahn. Era uno de sus favoritos.

Gauss intentó leer, pero segundos después alzó la vista y se quejó de la moderna suspensión de cuero del carruaje, que resultaba peor de lo acostumbrado. Pronto, declaró, las máquinas llevarían a las personas de ciudad en ciudad a la velocidad de un proyectil. Entonces se llegaría de Gotinga a Berlín en media hora.

Eugen, dubitativo, meneó la cabeza.

Gauss afirmó que era extraño e injusto, un verdadero ejemplo del lastimoso azar de la existencia nacer en una época determinada y quedar atrapado en ella, quiéraslo o no. Le procuraba a uno una ventaja indigna ante el pasado y lo convertía en un payaso del futuro.

Eugen asintió, somnoliento.

Ni siquiera una inteligencia como la suya, dijo Gauss, habría fructificado en edades pretéritas de la humanidad o en las orillas del Orinoco, mientras que dentro de doscientos años cualquier mentecato podría burlarse de él e inventar disparates absurdos sobre su persona. Meditó, volvió a llamar fracasado a Eugen y se enfrascó en su libro. Mientras leía, Eugen se esforzaba en mirar por la ventanilla del carruaje para ocultar su rostro deformado por la humillación y la ira.

Gimnasia alemana versaba sobre aparatos gimnásticos. El autor describía de manera prolija los dispositivos que había inventado para superarlos con esfuerzo. A uno lo llamaba caballo con arcos, a otro la barra, y a un tercero, el potro.

Ese tipo no estaba en sus cabales, afirmó Gauss abriendo la ventanilla y tirando el libro.

Eugen exclamó que era suyo.

Gauss replicó que así le había parecido, se durmió y no despertó hasta el cambio de caballos vespertino en la posta fronteriza.

Mientras desenjaezaban los animales y enjaezaban los de repuesto, tomaron sopa de patata en una posada. Un hombre delgado de luenga barba y mejillas hundidas, el único cliente aparte de ellos, les dirigía miradas furtivas desde la mesa contigua. Lo corporal, dijo Gauss, que para enfado suyo había soñado con aparatos gimnásticos, era en verdad la fuente de toda degradación. Él siempre había considerado característico del mal humor de Dios que una inteligencia como la suya estuviera encerrada en un cuerpo enfermizo, mientras que un hombre de talento mediocre como Eugen prácticamente jamás enfermara.

Eugen precisó que de pequeño había padecido una grave viruela que estuvo a punto de llevarlo a la tumba. ¡Aún se percibían las cicatrices!

Cierto, reconoció Gauss, lo había olvidado. Señaló a los caballos del correo ante la ventana. La verdad es que parecía un chiste que el viaje de los ricos exigiese el doble de tiempo que el de los pobres. Quien usaba caballos del correo, podía cambiarlos después de cada etapa, pero el que usaba los suyos propios debía esperar a que descansaran.

Bueno, y qué, replicó Eugen.

Como es natural, repuso Gauss, eso le parecía obvio a alguien no acostumbrado a pensar. Igual que la circunstancia de llevar bastón de joven y no de viejo.

Un estudiante portaba bastón, contestó Eugen. Añadió que siempre había sido así y lo seguiría siendo.

Es posible, dijo Gauss, con una sonrisa.

Tomaron la sopa a cucharadas y en silencio hasta que entró el gendarme de la parada fronteriza pidiendo los salvoconductos. Eugen le entregó el suyo: un certificado de la corte en el que se leía que él, aunque estudiante, era inofensivo y podía pisar suelo prusiano en compañía de su padre. El gendarme, tras una mirada de desconfianza, examinó el pase, asintió y se volvió hacia Gauss. Él no lo tenía.

¿Que no lo tenía?, preguntó sorprendido el gendarme. ¿Ni una simple nota, ni un sello, nada?

Nunca había precisado nada semejante, contestó Gauss. La última vez que cruzó la frontera de Hannover había sido veinte años antes. Y no tuvo el menor problema.

Eugen intentó explicar quiénes eran, adónde se dirigían y por deseo de quién. Que el congreso de naturalistas se celebraba bajo el patrocinio de la Corona. Que en cierto modo su padre era un invitado de honor del rey.

El gendarme quería un pase.

Puede que no lo supiera, dijo Eugen, pero su padre era venerado en los países más remotos, era miembro de todas las academias y lo llamaban príncipe de las matemáticas desde su temprana juventud.

Gauss asintió. Dicen que Napoleón había renunciado a cañonear Gotinga por él.

Eugen palideció.

Napoleón, repitió el gendarme.

Cierto, dijo Gauss.

El gendarme, con tono más exaltado que antes, exigió un salvoconducto.

Gauss apoyó la cabeza en los brazos y permaneció inmóvil. Eugen le propinó un codazo, pero sin éxito. Le daba igual, murmuró Gauss, deseaba irse a casa, le daba completamente igual.

El gendarme se enderezó la gorra, desconcertado.

Entonces intervino el hombre de la mesa contigua. ¡Todo eso terminaría! Alemania sería libre y los probos ciudadanos vivirían y viajarían sin ser molestados, sanos de cuerpo y alma, sin necesitar ni un solo papel más.

El gendarme incrédulo, le exigió la documentación.

A eso precisamente se refería, gritó el hombre rebuscando en sus bolsillos. De repente se incorporó de un salto, volcó su silla y salió como una tromba. El gendarme clavó la mirada unos segundos en la puerta abierta antes de reaccionar y salir corriendo tras él.

Gauss levantó despacio la cabeza. Eugen propuso reanudar el viaje de inmediato. La garita de los gendarmes estaba vacía, ambos policías habían emprendido la persecución del barbudo. Eugen y

el cochero levantaron la barrera con esfuerzo. Después se adentraron en suelo prusiano.

Gauss se mostraba animado, casi alegre. Hablaba de geometría diferencial. Apenas podía vislumbrar dónde desembocaría el camino hacia los espacios curvos. Él mismo sólo lo comprendía a grandes rasgos, Eugen debía alegrarse de su propia mediocridad, a veces uno sentía un pánico cerval. Luego habló de las amarguras de su juventud. Del padre tan duro que había tenido, de lo afortunado que podía considerarse Eugen. De que había hecho cálculos antes de pronunciar su primera palabra. En cierta ocasión su padre cometió un error al calcular el salario mensual, y a continuación él empezó a llorar. Cuando el padre subsanó el fallo, su hijo enmudeció en el acto.

Eugen simuló estar impresionado, a pesar de saber que la historia no era cierta. La había inventado y difundido su hermano Joseph. Con el correr del tiempo el padre debía haberla oído tantas veces que había acabado creyéndosela.

Gauss comenzó a hablar del azar, enemigo de todo conocimiento, al que siempre había querido vencer. Visto de cerca, cada acontecimiento traslucía la infinita sutileza del tejido de la causalidad. Retrocediendo lo suficiente, se revelaban sus modelos a grandes rasgos. La libertad y el azar eran una cuestión de distancia media, un asunto de distanciamiento. ¿Lo entendía?

Más o menos, respondió Eugen, cansado, mirando su reloj de bolsillo. No era muy preciso, pero debían ser entre las cuatro y media y las cinco de la mañana.

Sin embargo, las reglas de la probabilidad, prosiguió Gauss presionando con las manos su dolorida espalda, no eran obligatorias. Al no ser leyes físicas, posibilitaban las excepciones: un intelecto como el suyo, por ejemplo, o las ganancias en juegos de azar que continua e innegablemente cosechaba cualquier cabeza hueca. A veces él sospechaba que hasta las leyes de la física se comportaban de manera puramente estadística, permitiendo por ende excepciones: los fantasmas o la transmisión del pensamiento.

Eugen le preguntó si bromeaba.

Gauss repuso que ni él mismo lo sabía, tras lo cual cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño.

Llegaron a Berlín al atardecer del día siguiente. Miles de casitas pequeñas sin un punto central, erigidas sin orden ni concierto, un asentamiento desbordado en el lugar más pantanoso de Europa. Justo entonces acababan de iniciar la construcción de edificios ostentosos: una catedral, algunos palacios, un museo para albergar los hallazgos de la gran expedición de Humboldt.

Dentro de unos años, comentó Eugen, esto se convertirá en una metrópoli similar a Roma, París o San Petersburgo.

¡Jamás!, replicó Gauss. ¡Una ciudad repugnante!

El carruaje traqueteaba por un empedrado deplorable. Los caballos se espantaron dos veces de perros que gruñían, en las calles laterales las ruedas casi se quedaban hundidas en la arena húmeda. Su anfitrión vivía en el número cuatro de Packhof, en el centro de la ciudad, justo detrás de las obras del nuevo museo. Para que no se perdieran, él había dibujado a plumilla un plano de la ubicación muy preciso. Alguien debió verlos de lejos y anunciarlos, pues, poco después de que hubieran entrado en el patio, la puerta de la casa se abrió de par en par y cuatro hombres se precipitaron hacia ellos.

Alexander von Humboldt era un hombre bajo y viejo de cabellos blancos como la nieve. Le seguían un secretario con el bloc de notas abierto, un mandadero de librea y un joven con patillas que portaba un trípode con una caja de madera. Se colocaron en su puesto como si lo hubiesen ensayado. Humboldt alargó los brazos hacia la puerta del carruaje.

Nada sucedió.

En el interior del vehículo se oían palabras agitadas. ¡No, gritó alguien, no! Resonó un golpe sordo, después, un tercer ¡No! Durante un rato, reinó el silencio.

Al fin se abrió la puerta y Gauss bajó a la calle, cauteloso. Cuando Humboldt lo agarró por los hombros y exclamó cuánto honor, qué gran momento para Alemania, para la ciencia, para él mismo, retrocedió sobresaltado.

Mientras el secretario tomaba notas, el hombre situado tras la caja de madera dijo con voz contenida: ¡Ahora!

Humboldt se quedó inmóvil. Ése es el señor Daguerre, musitó sin mover los labios. Un protegido suyo que trabajaba en un aparato que retendría el instante sobre una capa de yoduro de plata

sensible a la luz, arrancándose a la fugacidad del tiempo. ¡Por favor, no había que moverse por nada del mundo!

Gauss comentó que quería irse a casa.

Sólo un momento, susurró Humboldt, unos quince minutos, ya habían progresado mucho. Poco antes costaba mucho más, durante los primeros ensayos había pensado que su espalda no lo resistiría. Gauss intentó escabullirse, pero el menudo anciano lo sujetó con fuerza sorprendente murmurando: ¡Informa al rey! Y el mandadero se alejó a la carrera. Después añadió, evidentemente porque la idea acababa de pasarle por la cabeza: ¡Toma nota, analizar la posibilidad de la cría de focas en Warnemünde, las condiciones parecen propicias, presentármelo mañana! El secretario así lo consignó.

Eugen, que bajaba del carruaje cojeando ligeramente, se disculpó por lo tardío de su llegada.

Allí no era temprano ni tarde, murmuró Humboldt. Allí sólo había que trabajar. Por fortuna aún había luz. ¡Nada de moverse!

Un policía entró en el patio y preguntó qué ocurría.

Luego, cuchicheó Humboldt con los labios apretados.

Eso era una revuelta, dijo el policía. O se dispersaban en el acto o procedería de acuerdo con las normas oficiales.

Humboldt precisó en voz baja que era chambelán.

Perdón, ¿cómo dice?, inquirió el policía inclinándose hacia delante.

Chambelán, repitió el secretario de Humboldt. Miembro de la corte.

Daguerre invitó al policía a salir de la imagen.

El policía retrocedió con el ceño fruncido. Primero, cualquiera podía afirmar eso, y segundo, la prohibición de reunión regía para todos. Y ése de ahí, señaló a Eugen, era a todas luces un estudiante. La situación se tornaba muy peliaguda.

Si no se marchaba en el acto, dijo el secretario, se metería en un lío que ni siquiera podía imaginar.

Así no se le habla a un funcionario, respondió vacilante el policía. Les doy cinco minutos.

Gauss gimió y se soltó.

Oh, no, exclamó Humboldt.

Daguerre pateó el suelo. ¡El momento se había perdido para siempre!

Como todos los demás, repuso Gauss con calma. Como todos los demás.

Y era cierto: cuando Humboldt, esa misma noche, mientras Gauss roncaba tan fuerte en la habitación contigua que se le oía en toda la casa, examinó con una lupa la plancha de cobre impresionada, no distinguió nada en absoluto. Pero instantes después creyó vislumbrar en ella una maraña de contornos fantasmales, el dibujo evanescente de algo que parecía un paisaje bajo el agua. En el centro una mano, tres zapatos, un hombro, la bocamanga de un uniforme y la parte inferior de una oreja. ¿O no? Suspirando, arrojó la plancha por la ventana y oyó el golpe sordo contra el suelo del patio. Segundos después la había olvidado, como todo lo que le había salido mal alguna vez.